

diendo el árbol sobre la mesa, siguió contemplándolo atentamente con estupor interrogativo, y luego, en actitud rendida y suplicante, con las mejillas empapadas en lágrimas. ¿Por qué, ¡Dios mío!, no quería responderle el árbol? ¿Por qué no quería decirle á qué ascendiente se asociaba para inscribir su caso en la hoja respectiva al lado de los otros? Si debía volverse loco, ¿por qué no se lo decía el árbol claramente, con lo cual le hubiese devuelto la calma, puesto que él no atribuía su sufrimiento más que á la incertidumbre? Las lágrimas nublaban su vista, y, no obstante, seguía mirando, consumido por aquel ansia de saber que ya hacía vacilar su razón. Clotilde tuvo que ocultarse de pronto, al ver que se dirigía hacia el armario y abría las dos hojas. Agarró los legajos, los tiró sobre la mesa, y los registró febrilmente. Otra vez la escena de la terrible noche de tempestad; otra vez la zambra de la pesadilla, el desfile de todos aquellos fantasmas evocados, surgiendo del montón de papelotes. A cada uno le dirigía al paso una pregunta, una súplica fervorosa, exigiendo respuesta sobre el origen de su mal, esperando una palabra, un murmullo que le diese certidumbre. Al principio no se le oyó

más que un balbuceo indistinto; pero luego se formularon palabras y retazos de frases.

—¿Eres tú?... ¿Eres tú?... ¿Eres tú, madre de todos nosotros, la que debes comunicarme tu locura?... ¿Eres tú, tío alcohólico, eres tú, bandido, cuya borrachera inveterada voy yo á pagar?... ¿Eres tú, sobrino atáxico, ó tú, sobrino místico, ó tú, sobrina idiota, los que me traéis la verdad, presentándome una de las formas de la lesión que padezco?... ¿O seréis vosotros, primo suicida, primo asesino, prima muerta de podredumbre, seréis vosotros los parientes cuyos fines trágicos me anuncian el mío, la consunción en el fondo de un calabozo, la descomposición abominable del ser?

Y continuaba el desfile; surgían todos; pasaban como una tromba. Los legajos se animaban, se encarnaban, se atropellaban, se revolvían como doliente muchedumbre.

—¡Ah! ¿Quién, quién, quién ha de decirme?... ¿Será el que murió loco? ¿la que se fue tísica? ¿el clavado por la parálisis? ¿aquella á quien mató tan joven su miseria fisiológica?... ¿En quién está el veneno de que voy á morir? ¿Qué veneno es ese? ¿histerismo, alcoholismo, tuberculosis, escrófula? ¿Y qué va á hacer de mí? ¿un epiléptico, ¿un atáxico, un loco?... ¡Un loco! ¿Quién es el que ha

dicho loco? Todos lo dicen: ¡loco, loco, loco!

Le ahogaban los sollozos. Dejó caer la cabeza desfallecido sobre los legajos, y se hartó de llorar, sacudido por continuos estremecimientos. Clotilde, sobrecogida por una especie de terror religioso, viéndose en presencia de la fatalidad que preside á los linajes, se fué en silencio, conteniendo la respiración; porque comprendía perfectamente que el doctor hubiese sentido gran vergüenza, á poder sospechar que estaba allí.

Sobrevinieron postraciones prolongadas. Enero fué muy frío. Pero el cielo estaba soberbiamente despejado; en el límpido azul lucía eterno sol; y la sala de la Souleiade, con sus ventanas al Mediodía, era un invernadero, donde reinaba una temperatura de suavidad deliciosa. No se encendía fuego siquiera; el sol, perenne en la estancia, la inundaba de un oro pálido, donde volaban perezosamente algunas moscas respetadas por el invierno. No se oía más ruido que el roce de sus alas. Era una tibieza calmosa, resto de primavera conservado en la mansión vetusta.

En esa pieza acertó á oír Pascual una mañana el final de cierta conversación que agravó sus sufrimientos. Apenas salía ya de

su cuarto antes de la hora de almorzar, y Clotilde acababa de recibir al doctor Ramond en la sala, donde estaban hablando bajo, el uno al lado del otro, bañados por el claro sol.

Era la tercera vez que Ramond se presentaba en el transcurso de ocho días. Circunstancias personales, y sobre todo la exigencia de consolidar definitivamente su posición de médico en Plassans, le obligaban á no diferir por más tiempo su matrimonio, y quería obtener respuesta decisiva de Clotilde. Ya dos veces, la presencia de extraños le había impedido hablar. Como deseaba no recibir respuesta más que de su novia misma, había decidido explicar directamente en conversación franca, sus íntimas relaciones, y la formalidad y juicio de los dos lo autorizaban á dar ese paso. Terminó sonriendo, con los ojos fijos en los de ella:

—Yo le aseguro á V., Clotilde, que es el desenlace más cuerdo.... V. lo sabe: la quiero hace mucho. Tengo por V. profundo cariño y profunda estimación... Quizá eso sólo no baste; pero es que, además, nos entenderemos perfectamente, y estoy seguro de que seremos muy felices.

La joven no había bajado los ojos; le mira-

ba también francamente, con sonrisa amistosa. Él era guapo de veras, y estaba en toda la fuerza de la juventud.

—¿Por qué no se casa V.—preguntó Clotilde—con la señorita Leveque, la hija del procurador? Es más bonita y más rica que yo, y sé que se alegraría tanto... Mi buen amigo, temo que cometa V. una torpeza eligiéndome.

Él la oía sin impacientarse, con aplomo de hombre convencido de la sensatez de su resolución.

—Pero es que yo no quiero á esa señorita, y la quiero á V... Además, lo tengo bien pensado, y repito que sé lo que me hago. Diga V. que sí; V. tampoco tiene mejor partido que tomar.

Entonces Clotilde se puso grave, y pasó una sombra por su fisonomía: la sombra de esas reflexiones, de esas luchas interiores, casi inconscientes, que tanto la preocupaban.

—¡Pues bien, amigo mío! Ya que la cosa va de veras, dispense V. que no le responda hoy; concédame algunas semanas más... El maestro está muy malo, yo ando trastornada, y V. no querría deber mi asentimiento á un arranque irreflexivo.. Aseguro á V., por mi parte, que le tengo mucho afecto.

Pero no estaría bien decidirse ahora, con la desgracia que pesa sobre la casa.... Trato hecho, ¿verdad? No le haré esperar mucho.

Y, para cambiar de conversación añadió:

—Sí; el maestro me tiene intranquila. Yo deseaba ver á V. y decírselo.... El otro día le sorprendí llorando, y para mí es evidente que le asedia el temor de volverse loco... Anteayer, cuando habló V. con él, vi que lo examinaba. Con franqueza: ¿qué opina V. de su estado? ¿Está en peligro?

El doctor Ramond exclamó:

—¡No, por Dios! Ha abusado de sus fuerzas, y anda atropellado; no hay más que eso... ¿Cómo puede equivocarse de tal manera un hombre de su sabiduría, y que se ha ocupado tanto de las enfermedades nerviosas? ¡Le digo á V. que es para desconsolarse ver que las inteligencias más claras y poderosas caen en semejantes desvaríos!... En un caso como el suyo, su descubrimiento de las inyecciones hipodérmicas sería de efecto soberano. ¿Por qué no se pincha?

Y como la joven dijese con ademán de desaliento que ya no la oía y que no podía dirigirla la palabra siquiera, añadió:

—¡Bueno! pues yo le hablaré.

En ese momento fué cuando Pascual salió

de su cuarto, atraído por el rumor de las voces. Pero al verles á los dos, tan cerca el uno del otro, tan animados, tan jóvenes, tan hermosos, bañados y como vestidos de sol, se detuvo en el umbral, con los ojos dilatados y la pálida cara descompuesta.

Ramond había tomado la mano de Clotilde, queriendo retenerla un instante más.

—Palabra, ¿no es así? Yo deseo que el matrimonio se celebre este verano... Sabe V. cuánto la quiero, y espero su respuesta.

—Muy bien—contestó Clotilde.—Dentro de un mes se arreglará todo.

Pascual se tambaleó un momento, sintiendo ofuscársele la vista. ¡De manera que ahora aquel mozo, un amigo, un discípulo, se introducía en la casa para robarle su bien! Hubiese debido prever tal desenlace, y, no obstante, la brusca nueva de la posibilidad de tal matrimonio le sorprendía, anonadándole como catástrofe inesperada que acababa de apabullar su existencia. ¡Y aquella criatura, que había formado él, que creía suya, se marcharía sin pena, dejándole agonizar solo en su rincón! Todavía la vispera le había hecho rabiarse tanto, que llegó á preguntarse si sería cosa de separarse de ella, de enviársela á su hermano, que seguía re-

clamándola. Hasta hubo un instante en que acabó de resolverse á tal separación, por su mutuo bien. Pero ahora, brutalmente, encontrarla allí con aquel hombre, oírla prometer respuesta, pensar que se casaría, que le abandonaría dentro de poco, fué como si le asestaran una puñalada en el corazón.

Se adelantó pesadamente. Los dos jóvenes se volvieron y se quedaron un poco cortados.

—¡Vaya, maestro!—acabó por decir alegremente Ramond.—De V. hablábamos. Fuera tapujos: estábamos tramando una conspiración... Sepamos: ¿por qué no se cuida? V. no tiene nada serio, y se enderezaría V. en quince días.

Pascual, dejándose caer en una silla, siguió mirándoles. Tuvo fuerzas para vencerse; no delató su semblante la herida que había recibido. Moriría de ella seguramente, y nadie sabría en el mundo el mal que le mataba. Pero fué un alivio poder enfadarse, negándose con violencia á tomar ni un vaso de tisana.

—¡Cuidarme! ¿Para qué?... ¿No le ha llegado su hora á este viejo armatoste?

Ramond insistió, con sonrisa de hombre cachazudo.

—V. está más fuerte que todos nosotros.

Eso es cosa pasajera, y bien sabe V. que tiene el remedio... Pínchese V....

No pudo continuar: era el colmo. Pascual, enfurecido, preguntó si querían que se matase como había matado á Lafouasse. ¡Sus inyecciones! ¡Bonita invención, de que podía estar orgulloso! Negaba la medicina, juraba no volver á tocar á un enfermo. Los entes inútiles no tenían más que hacer que reventar; era lo mejor para todo el mundo. Y eso es lo que él haría cuanto antes.

—¡Bah, bah!—concluyó Ramond, decidiéndose á despedirse, por temor de excitarle más.—La dejo á V., Clotilde, y me voy tranquilo... Clotilde arreglará eso.

Pero Pascual había recibido aquella mañana el último golpe. Se metió en la cama por la tarde, y estuvo hasta la noche del día siguiente sin querer abrir la puerta de su cuarto. Inútil fué que Clotilde, alarmada, llamase con la mano violentamente: ninguna respuesta. Martina fué á su vez á suplicarle por la cerradura que le dijese al menos que no necesitaba nada. Reinaba silencio mortal; parecía que el cuarto estaba vacío. A la mañana del segundo día se acercó la joven, y dando vuelta al pestillo casualmente, cedió la puerta; quizá hacía horas que no estaba

cerrada. Pudo entrar, pues, en aquella pieza, donde nunca había puesto los pies: aposento espacioso, frío por su exposición al Norte, y en el cual no vió más que una cama pequeña de hierro sin colgaduras; una ducha en un rincón, una mesa larga de madera negra, sillas, y en la mesa, en tablas y á lo largo de las paredes, un laboratorio completo—morteros, hornillos, aparatos, estuches.—Pascual, vestido, estaba sentado al borde de la cama, que él mismo había hecho ya, con inmensas fatigas.

—Pero, ¿es que no quieres que te cuide?—preguntó la joven conmovida y recelosa, sin atreverse á avanzar.

El hizo un ademán de abatimiento.

—¡Oh! puedes entrar sin temor de que te pegue; ya no tengo fuerzas.

Y desde aquel día la toleró cerca de sí y dejó que le sirviere. Pero aún tenía sus caprichos: no quería que entrase cuando estaba acostado, por una especie de enfermizo pudor; y entonces la obligaba á que enviase á Martina. Rara vez se quedaba en cama, andaba arrastrándose de silla en silla, sin poder hacer cosa de provecho. El mal se había agravado en términos desesperantes: le abrumaban las jaquecas y los vértigos de estómago;

no tenía fuerzas, como decía él, para dar un paso; todas las mañanas amanecía con la convicción de ir á dormir en las Tulettes, loco de atar. Iba enflaqueciendo. Susemblante dolorido, orlado de blancas melenas, que seguía peinando por última coquetería, tenía una belleza trágica. Aunque consentía que se ocupasen de su persona, se negaba rotundamente á tomar ningún remedio, á consecuencia de las dudas que le inspiraba la medicina.

Clotilde no tuvo ya más preocupación que él. Se desentendía de todo lo restante; había empezado por ir sólo á misa rezada, y después cesó completamente de ir á la iglesia. Su anhelo de certidumbre y felicidad parecía que empezaba á satisfacerse con aquel empleo de todos los minutos en torno de una persona querida, á quien deseaba volver á ver buena y alegre. Era una consagración de toda su persona, un olvido de sí misma, una necesidad irresistible de labrar su felicidad con la felicidad ajena, y eso inconscientemente, por mero impulso de su corazón de mujer, en medio de la crisis que atravesaba y que la modificaba de una manera profunda, sin razonamiento ninguno de su parte. Seguía muda respecto al desacuerdo que los

separó; aún no tenía la idea de lanzarse á su cuello, gritándole que podía revivir, porque se le entregaba, porque era suya. En su interior, no se consideraba sino como hija cariñosa, que le cuidaba, igual que hubiese podido hacerlo otra parienta. Todo ello muy puro, muy casto: delicada solicitud, continuas previsiones, tal absorción de su vida, que ahora los días pasaban veloces, exentos de la tortura del más allá, llenos tan sólo del deseo de curarle.

Pero en lo que tuvo que sostener verdadera lucha fué para decidirle á pincharse. El se irritaba, negaba su descubrimiento, se trataba de imbécil. Y ella gritaba también, ella era al presente la que tenía fe en la ciencia, la que se indignaba al verle dudar de su genio. Resistió mucho, pero al fin, flaqueando, cediendo al imperio que Clotilde adquiría, quiso únicamente evitar la cariñosa contienda de todas las mañanas. Desde las primeras inyecciones experimentó gran alivio, aunque negándose á confesarlo. Se despejaba la cabeza, volvían las fuerzas poco á poco. La joven, enorgullecida, exaltaba el método, sublevándose porque Pascual no se admiraba á sí mismo, como ejemplo de los milagros que podía hacer. Pascual sonreía,

y empezaba á ver claro en su estado. Raymond había dicho la verdad; todo ello no debía haber sido más que agotamiento nervioso. Quizá, á pesar de los pesares, saldría del mal paso.

—¡Eh! si quien me cura eres tú, niña—decía sin querer confesar su esperanza.—Los remedios créete que no obran más que según la mano que los da.

La convalecencia fué larga: duró todo el mes de Febrero. El tiempo seguía despejado y frío; ni un solo día dejó el sol de calentar la sala con su baño de rayos pálidos. Hubo, no obstante, recaídas de negras tristezas, horas en que el enfermo tornaba á sus espantos, y en que la desconsolada enfermera tenía que ir á sentarse al otro extremo de la estancia para no irritarle más. Desesperaba nuevamente de la curación, hablaba en tono amargo, con agresiva ironía.

En uno de esos malos momentos, habiéndose acercado á una ventana, divisó á su vecino, el Sr. Bellombre, el profesor jubilado, dando vueltas á sus árboles para ver si tenían muchas yemas de fruto. La vista de aquel viejo tan correcto y tan erguido, con su calma egoísta; la presencia de aquel hombre que parecía no saber lo que eran en-

fermedades, le puso bruscamente fuera de sí.

—¡Ah!—murmuró.—¡Ahí está uno que no se matará nunca, que no correrá peligro aunque le harten de penas!

Y de aquí tomó pie para hacer un elogio irónico del egoísmo. Estar solo en el mundo, no tener amigos, ni mujer, ni hijos, ni nada, ¡qué felicidad! Aquel avaro empedernido que, durante cuarenta años, no había hecho más que domar hijos ajenos, que había acabado por retirarse lejos de todo bicho viviente, con un jardinero mudo y sordo de más edad que él, ¿no representaba la mayor suma de felicidad posible en la tierra? ¡Ninguna carga, ningún deber, ni otra preocupación que la de su amada salud! Era un sabio; viviría cien años.

—¡Ah! ¡el miedo á la vida! es la pura verdad, no hay cobardía mejor... ¡Y decir que yo me apeno á veces por no tener un hijo! ¿Acaso hay derecho para echar al mundo desgraciados? Es preciso matar la herencia mala, matar la vida... ¡Mira tú por donde ese viejo cobarde es el único hombre honrado!

El señor Bellombre, muy sosegadamente, seguía inspeccionando sus perales al sol de

Marzo. Evitaba todo movimiento demasiado vivo, economizaba su lozana vejez. Encontrando una piedra en el paseo, la apartó con la contera del bastón, y siguió su camino sin apresurarse.

— ¡Ahí le tienes!... ¡Tan bien conservado, tan guapo, con todas las bendiciones del cielo en su persona! No conozco á nadie más feliz.

Clotilde, que adivinaba lo doloroso de aquella ironía de Pascual, sufría en silencio. Por lo común, defendía al señor Bellombre, pero entonces la agitaba un sentimiento de protesta. Se le mojaron de lágrimas los párpados, y respondió sencillamente, en voz baja:

— Sí, pero no tiene quien le quiera.

Aquello puso fin instantáneamente á la penosa escena. Pascual, como si hubiese recibido un choque, se volvió á mirarla. Un enternecimiento repentino humedecía también sus ojos, y se alejó de allí para no llorar.

Pasaron algunos días más en medio de análogas alternativas, de ratos buenos y malos. Las fuerzas no volvían sino con suma lentitud, y Pascual se desesperaba al ver que no podía ponerse á trabajar sin que le

entrarse un sudor copioso. Si trabaja mucho, de fijo tiene un síncope. Mientras no pudiese trabajar lo acostumbrado, comprendía que se prolongaba la convalecencia. Con todo, se interesaba de nuevo por sus investigaciones habituales, volvía á leer las últimas cuartillas que había escrito, y con el despertar del sabio reaparecían las pasadas inquietudes. En los días de postración llegó un momento en que la casa entera había como desaparecido para él; hubiesen podido saquearla, llevárselo y destruirlo todo, sin que se diese cuenta del desastre. Ahora andaba otra vez en acecho; se tentaba el bolsillo para cerciorarse bien de que estaba allí la llave del armario.

Pero una mañana que se le pasó el tiempo en la cama y no salió de su cuarto hasta las once, vió en la sala á Clotilde copiando tranquilamente, con gran exactitud, una rama florida de almendro. La joven alzó la cabeza, sonriente, y cogiendo una llave que relucía sobre el pupitre, quiso dársela.

— Ten, maestro.

Pascual, asombrado, sin comprender aún, examinaba el objeto que le ofrecía.

— Pero, ¿qué es?

— La llave del armario, que debiste dejar



caer ayer del bolsillo, y la he recogido aquí esta mañana.

Pascual la tomó con emoción extraordinaria. La miraba y miraba á Clotilde. ¿Se habían acabado los miedos? Ya no le perseguía, ya no quería robarlo y quemarlo todo, furiosa. Y al verla, sonriendo, muy conmovida también, sintió en el corazón alegría inmensa.

La cogió, la abrazó.

—¡Ah, nenita! ¡Si pudiésemos no ser demasiado infelices!

Acto continuo fué á abrir un cajón de la mesa, y echó en él la llave, como antes.

Desde entonces cobró fuerzas, y la convalecencia caminó más rápidamente. Aún eran posibles las recaídas, porque quedaba muy quebrantado. Pero logró escribir, y no fueron ya tan pesados los días. También el sol hacía sus pinitos, y caldeaba la sala de tal modo, que había que entornar á veces las maderas. Pascual se negaba á recibir, apenas toleraba á Martina, y mandaba responder á su madre que estaba durmiendo, cuando iba á saber de él, de tarde en tarde. No se hallaba contento más que en aquella deliciosa soledad, cuidado por la rebelde, por la enemiga de ayer, por la dócil discípula de

hoy. Reinaban entre ellos silencios prolongados, pero que no tenían nada de embarazosos. Los dos reflexionaban, meditaban con infinita dulzura.

Un día, sin embargo, pareció muy grave el doctor. Al presente estaba convencido de que la causa de su dolencia era puramente accidental, y que la cuestión de herencia no había representado ningún papel en las perturbaciones de su salud. Pero no por eso era menor la humildad que sentía.

—¡Dios mío!—murmuró.—¡Qué poca cosa somos! ¡Yo que me creía tan fuerte, que estaba tan orgulloso de mi sano juicio, y no ha faltado tanto así para que me volviesen loco algo de pena y algo de fatiga!

Calló, volviendo á reflexionar. Se iluminaron sus ojos: acababa de vencerse. Por fin, cediendo á un movimiento de cordura y de valor, se decidió.

—Si voy mejor, me alegro principalmente por ti.

Clotilde levantó la cabeza, sin comprender.

—Pues, ¿y eso?

—No hay que decirlo: por tu matrimonio... Ahora podrá fijarse la fecha.

La joven seguía sorprendida.

—¡Ah sí, ¡mi matrimonio!

—¿Quieres que señalemos desde ahora la segunda semana de Junio?

—Sí, la segunda semana de Junio. Me parece muy bien.

No hablaron más. Ella había vuelto los ojos á su costura; y él, dejando vagar su mirada permanecía serio é inmóvil.

## VII

Aquel día, al llegar á la Soulejade, la vieja señora de Rougon vió á Martina que estaba en la huerta, ocupada en plantar puerros, y aprovechando la ocasión, se dirigió á la sirvienta para hablar con ella y son-sacarla noticias antes de entrar en la casa.

El tiempo pasaba, y doña Felicidad sentíase desolada por lo que ella llamaba la deserción de Clotilde. Comprendía perfectamente que nunca llegaría á apoderarse de los legajos. Aquella chiquilla se perdía, se entregaba á Pascual desde que le había cuidado, y se pervertía hasta el punto de no haber vuelto á la iglesia. Por esto la señora de Rougon insistía en su idea primera: alejarla, y después conquistar á su hijo, cuando quedase solo, debilitado por la soledad. Puesto que no había logrado decidir á Clotilde para que se fuese con su hermano, se agarraba ahora á la idea del matrimonio;